

el papa: "Seguramente, hijos míos, este Adalberto es un delirante; y los que han dado crédito á sus palabras, son como los niños que creen las fábulas como una verdad; pero nuestro ministerio es igualmente responsable á los débiles y á los fuertes; y supuesto que esta seducción grosera ha sido capaz de alucinar á ciertas personas no menos groseras, nada debemos omitir de cuanto sea capaz de desengañarlas." Se concluyó la sesión, quemando los escritos, y condeñando á sus autores.

Sanson, en el año 748, produjo é hizo abrazar á muchos el error de que sin el bautismo podía uno ser cristiano, y conseguir la salud eterna por sola la imposición de las manos del obispo.

(AÑO 923 DE JESUCRISTO.)

CONVERSION DE ALEMANIA.

LA luz de la fé, del mismo modo que la del sol, no se aparta de un pais, sino para difundir en otro su claridad, como ya antes hemos insinuado. A medida que la luz del Evangelio dejó de brillar en el Oriente, por las conquistas de los mahometanos, se extendia entonces ácia el Norte, mediante los apostólicos trabajos de muchos misioneros. El mas célebre de todos era Bonifacio, arzobispo de Moguncia y apóstol de Alemania: era ingles de nacion y desde su infancia se descubrieron en él las señales sensibles del alto destino que desempeñó en el discurso de su vida. Habiéndose hospedado algunos misioneros en la casa de su padre, hablándole de Dios y de las cosas celestiales, quedó tan conmovido, así de su conducta edificante, como de sus instrucciones, que desde luego concibió un ardiente deseo de imitarlos, y de consagrarse á Dios como

ellos. Aunque entonces todavía era niño, las impresiones de la virtud que recibió, jamás se borraron de su espíritu. Entró á un monasterio, en donde se formó desde el principio para las funciones del apostolado. Habiéndose ordenado de presbítero, á la edad de 30 años, sintió que en su corazón se aumentaba aquel celo, que le llamaba poderosamente á instruir á los pueblos, y á trabajar en la salud de las almas. Día y noche lloraba la desgracia de los que estaban entonces sumergidos en las tinieblas de la idolatría. Penetrado de tan piadosos sentimientos, fué á arrojarle á los pies del papa Gregorio II, el que despues de haber reconocido en él la vocacion divina, le concedió una amplia facultad de predicar el Evangelio á los alemanes. El santo apóstol tuvo mucho trabajo para hacer que naciesen en el corazón de aquellos pueblos, hasta entonces bárbaros, los sentimientos de dulzura y piedad que el Evangelio prescribe; pero vió, en fin, que los frutos correspondian á sus trabajos, siendo muy abundante la cosecha. Fué desde luego á la Baviera y Turingia, y allí bautizó un gran número de infieles: hizo que por todas partes se derrivasen los templos de los ídolos, y allí mismo se edificasen Iglesias al verdadero Dios. El santo apóstol tuvo, entre tanto, mucho que sufrir, principalmente en la Turingia, pais asolado poco despues por los sajones, y en donde los pueblos eran tan pobres que se vió obligado á procurar su subsistencia con el trabajo de sus manos. Desde allí se volvió á la Trisia, en donde ejercitó, por espacio de tres años, sus funciones apostólicas, y ganó innumerables almas para Jesucristo. Este fué el motivo porque el

papa, informado de los grandes bienes que hacia á la Iglesia, le mandó que pasase á Roma á recibir allí el órden episcopal. A la vuelta de este viage S. Bonifacio, comenzó á predicar la fé en la Hessa, con felices y prodigiosos sucesos: allí fundó muchas Iglesias y monasterios. Llamado á Baviera por el duque de esta provincia, logró reformar algunos abusos que allí se habian introducido. Encontró algunos seductores que engañaban al pueblo con sus artificios, y le escandalizaban con sus desórdenes. Hizo que algunos se prendiesen y otros fuesen desterrados. Por este medio estableció la fé y las costumbres en este pais. El papa le nombró su legado en Alemania, y le permitió que hiciese todos los reglamentos que juzgase necesarios para dar una forma regular á esta Iglesia recién establecida.

MARTIRIO DE SAN BONIFACIO.

LA reputacion de San Bonifacio se estendia por la mayor parte de la Europa, y principalmente recibian sus trabajos apostólicos los mas dignos elogios. Ocurrió á él un gran número de siervos de Dios, que reuniéndose á esta mision, aliviaron sus fatigas. El santo arzobispo entonces, viendo que su edad se avanzaba y se aumentaban sus enfermedades, determinó elegirse un sucesor. Despues de haber consagrado al arzobispo de Moguncia, puso sobre sus hombros el cuidado oneroso de esta Iglesia particular, para seguir con libertad la vocacion que habia recibido del cielo, y dedicarse enteramen-

te á la conversion de los infieles. No podia tener ningun reposo cuando conocia que algunas almas habia que aun no tenian conocimiento de Jesucristo: por otra parte, sentia los mas ardientes deseos de derramar su sangre por la fé, y un secreto presentimiento le aseguraba de que su muerte estaba ya cercana. Habiendo entonces puesto en órden los negocios de su Iglesia, partió con algunos celosos compañeros á predicar el Evangelio á un pueblo entonces idólatra, sobre las costas mas retiradas de la Trisia. Allí convirtió una multitud de paganos, y les dió el santo bautismo. Señaló un dia para administrarles el sacramento de la confirmacion; mas como una sola Iglesia no era de bastante capacidad para contener aquel numeroso pueblo, señaló un campo inmediato, donde todos debian reunirse para recibir este sacramento. Hizo que se dispusiesen algunas tiendas, y allí vino el dia señalado. Se recogió á la oracion, mientras concurrían los nuevos cristianos que aguardaba; pero desde la mañana se observó la concurrencia, no de aquellos que esperaba, sino la de unas tropas de paganos, armados de espadas y de lanzas, que se echaban sobre las tiendas del santo obispo. Sus compañeros se preparaban ya á rechazar á los bárbaros de mano armada; pero San Bonifacio, habiendo escuchado el alboroto, llamó á su clero, y tomando las reliquias, que siempre llevaba consigo, salió de la tienda y dijo á sus gentes: "Hijos míos, dejad las armas: la santa Escritura nos enseña que no volvamos mal por mal. Ha llegado, por último, el dia que yo, despues de tanto tiempo, he esperado: en Dios confio: él salvará nuestras almas." Ecshortó despues á sus sa-

cerdotes y compañeros á que sufriesen valerosamente una muerte pasajera, que les iba á abrir las puertas del reino eterno: mas los fortaleció entonces su ejemplo, que sus lecciones. Apenas habia acabado de hablar, cuando vió que venian sobre él los bárbaros: él los aguardó con firmeza; pero ellos, furiosos, le quitaron al momento la vida, junto con todos aquellos que le acompañaban, que eran cincuenta y dos. San Bonifacio terminó de este modo, con una gloriosa muerte, una vida que habia sido un continuo martirio, llena toda de sus apostólicos trabajos: sus inmensas fatigas, y los frutos que la Iglesia ha recogido de ellas, le merecieron corona tan preciosa. El cuerpo del santo mártir fué trasportado á la Abadía de Tulde, que él habia fundado, y Dios ha engrandecido allí á su siervo con una multitud de milagros.

(AÑO 727 DE JESUCRISTO.)

HEREGIA DE LOS ICONOCLASTAS,

O DESTRUCTORES DE LAS IMAGENES.

LA Iglesia era frecuentemente agitada en Oriente por nuevas heregías, que se sucedían despues de cortos intervalos de reposo. La que se suscitó en el siglo VIII, era tanto mas peligrosa, quanto que su autor era el príncipe mismo. Ya se habian visto emperadores que protegiesen el error; pero entonces hubo uno que se hizo gefe de la secta. Leon Isaurico habia llegado al trono por sus hazañas guer-

reras, nacido, por decirlo así, y criado en el ejercicio de las armas, tenia una suma ignorancia. Sin embargo, tuvo la loca vanidad de hacerse reformador de la religion. Se habia dejado prevenir contra el culto de las santas imágenes, á lo que llamaba idolatría. Habiendo emprendido abolirlo, publicó un edicto por el que mandaba quitar de las Iglesias las imágenes de Jesucristo, de la Santísima Virgen y de los santos. Esta empresa, contraria á la práctica constante y universal de la Iglesia, puso en conmocion á todo el mundo. El pueblo de Constantinopla murmuraba públicamente. Jermano, patriarca de esta ciudad, combatió lleno de celo, este error, sin temer la cólera del emperador: intentó al principio desengañar á este príncipe, en conversaciones particulares: le dijo, que el culto que se daba á las santas imágenes, se refería á los originales que ellas representaban, como se honraba el retrato de un soberano: que este culto relativo, siempre se habia dado á las imágenes de Ntro. Sr. Jesucristo y de su Santísima Madre, desde el tiempo de los Apóstoles: que era, por consiguiente, una impía temeridad, atacar tan antigua tradicion; pero el emperador, que no conocia los elementos de la doctrina cristiana, se obstinaba en su error. Entonces el patriarca informó al papa de lo que pasaba en Constantinopla. El soberano pontífice respondió al santo obispo, felicitándolo por su valor en combatir la heregía naciente. Tuvo en Roma una asamblea de obispos, en donde fué condenada. Escribió al mismo emperador, exhortándolo á que revocase su edicto; advirtiéndole, que no era de las atribuciones del príncipe establecer cosa alguna sobre puntos de

fé, ni tampoco hacer innovaciones en la disciplina de la Iglesia. Estas declaraciones fueron tan mal recibidas del emperador, que aumentaron su ardiente tenacidad en la ejecucion de su edicto. Hacia quemar las imágenes en la plaza pública, y mandó blanquear las paredes de las Iglesias que estaban adornadas con pinturas: mandó derribar á hachazos un gran Crucifijo, que Constantino, despues de su victoria, habia hecho colocar sobre la puerta del palacio imperial. Unas mugeres que se hallaban presentes, intentaron al principio, disuadir con sus súplicas, de semejante impiedad al oficial encargado de ejecutar la órden del emperador; pero sus ruegos fueron inútiles, porque el oficial subió en persona á una escalera, y dió tres golpes con la hacha en el rostro de la imagen. Entonces las mugeres, dejándose llevar de su indignacion, estiraron la escalera por el pié, é hicieron caer al oficial, que murió del golpe. Ellas fueron condenadas al último suplicio, con otras diez personas que el emperador sospechó haber favorecido este tumulto. El patriarca San Germán fué arrojado de su silla, y murió en el destierro, á la edad de 90 años.

VIOLENCIAS DE LOS ICONOCLASTAS.

CONSTANTINO, llamado por otro nombre, Coprónimo, hijo y sucesor de Leon, siguió las huellas de su padre, y aun lo aventajó. Educado en el seno de la impiedad, á la cual su carácter violento é impetuoso añadía la audacia y la insolencia, persiguió

con furor á los que honraban á las santas imágenes. Constantinopla se convirtió en un teatro de suplicios: mandaba sacar los ojos, cortar las narices á los católicos; les despedazaban á azotes, y les arrojaban al mar. Así ordenaba el emperador se hiciese, principalmente con los monges: no habia ultrajes ni tormentos que él no les hiciese sufrir: les quemaban la barba untada de pez: les rompian sobre la cabeza las imágenes de los santos, grabadas en madera. Estos horrores divertian á Constantino. La relacion que se hacia de ellos, le era la conversacion mas agradable mientras comia. No contento con las crueldades que hacia ejecutar por sus oficiales, quiso presidir él mismo las ejecuciones de ellas, y ver correr la sangre. Mandó levantar su tribunal en las puertas de Constantinopla: allí, rodeado de verdugos, en medio de la pompa imperial, hacia atormentar á los católicos, y fijaba sus ojos con complacencia en este espectáculo, capaz de horrorizar á cualquiera otro que no fuese él y sus cortesanos. Habia allí, cerca de Nicomedia, un santo abad, llamado Estevan, cuya virtud era muy reverenciada de todo el pueblo. Queriendo el emperador atraerlo á su partido, lo hizo venir á Constantinopla, y se encargó él mismo de formarle interrogatorio, con la confianza de que lo embarazaria con sus racionios, porque este príncipe se creía muy hábil en la dialéctica. Entró, pues, en cuestion con el santo abad. ¡Oh! hombre estúpido, le dice el emperador, ¿cómo no has podido conocer que se puede hollar con los pies la imagen de Jesucristo, sin ofender al mismo Jesucristo? Entonces Estevan, aprocsimándose á él, y manifestándole una moneda que tenia su re-

trato, "yo puedo, pues, le respondió el santo abad, tratar del mismo modo esta efigie, sin faltar al respeto que os debo." Despues, habiéndola arrojado por tierra, la pisó varias veces. Habiéndose arrojado sobre él los cortesanos para maltratarlo, ¿qué, respondió Estevan, dando un profundo suspiro, es un crimen profanar la imágen de un príncipe de la tierra, y no lo seria igualmente arrojar al fuego la imágen del rey de los cielos? Nada, en justicia, se le podia replicar; pero se decretó su muerte. Se le arrastró á una prision, y poco tiempo despues se le hizo morir. Diez y nueve oficiales, acusados de haber tenido relaciones con el santo mártir, y de haber elogiado tanto su constancia en los tormentos, fueron tambien atormentados, y á dos de los mas calificados se les cortó la cabeza por orden del emperador. La persecucion se estendia hasta las provincias. Los gobernadores, por obsequiar al príncipe, se distinguian por su impiedad contra los católicos, en todo el imperio: ellos hacian la guerra, no solo á las imágenes de los santos, sino tambien á sus reliquias, y las arrancaban de los santuarios, las arrojaban en los albañales y en los rios: las hacian quemar con huesos de animales, con el fin de que no pudiesen separarse las cenizas.

(AÑO 787 DE JESUCRISTO.)

SEPTIMO CONCILIO ECUMENICO, SEGUNDO DE NICEA.



DESPUES de la muerte de Constantino Coprónimo, y de la de su hijo Leon, el supremo poder reca-

yó en las manos de Irene, como regenta, á nombre de su hijo, que aun era niño. La Iglesia entonces, atormentada despues de tanto tiempo por la impiedad de los iconoclastas, comenzó á respirar. Esta princesa, adicta á la doctrina católica, se dedicó á reparar los males que habia causado el perverso gobierno de los últimos emperadores. Por consejo de Tarasio, patriarca de Constantinopla, escribió Irene al papa Adriano, para que convocase un concilio general. Aprobó el papa este designio, y envió dos legados, para que á su nombre lo presidiesen. Se habia electo al principio, la ciudad de Constantinopla para lugar de la asamblea; pero como los iconoclastas, cuyo número era grande, aun en esta ciudad, comenzaban á escitar allí algunas turbulencias, el concilio fué trasladado á Nicéa, ciudad célebre por el primer concilio ecuménico que se habia celebrado en ella. Los obispos, cuyo número ascendia á trescientos setenta y siete, se reunieron allí de las diversas provincias del imperio. Hubo dos comisarios del emperador, para mantener el orden, dejando á los obispos en una entera libertad. Se celebraron ocho sesiones: en la primera se leyó la carta del papa, en la que alegaba justamente la tradicion de la Iglesia, sobre la veneracion de las santas imágenes, y en la que se esplicaba la naturaleza de este culto. Se leyó tambien la confesion de fé de los patriarcas de Oriente, que no pudieron venir al concilio, porque estaban bajo el dominio de los mahometanos. Su doctrina era en todo conforme á la del santo padre: produjeron en favor de este culto los testimonios de la santa Escritura y de los antiguos padres: refutaron las objeciones de los icono-

clastas. La heregia quedó confundida y reducida al silencio. En fin, los padres, despues de haber manifestado que recibian con respeto los concilios precedentes, pronunciaron su juicio, concebido en estos términos: "Decidimos que las imágenes deben ser espuestas á la veneracion, no solamente de las Iglesias, sobre los vasos sagrados, sobre los ornamentos, sobre las paredes, sino tambien en las casas y en los caminos, porque quanto mas se tengan á la vista las imágenes de Jesucristo Ntro. Sr., de su Santísima Madre, de los Apóstoles y de los otros santos; tanto mas fácilmente es elevada la alma á los originales, y con tanta mas facilidad se les honra. Se debe dar á estas imágenes honor y culto; pero no el culto de latría que esclusivamente conviene á la naturaleza divina. Podrá colocarse ante estas imágenes incienso y luces, como se ha acostumbrado hacer con la santa cruz, con el Evangelio y las otras cosas sagradas; porque el honor de la imagen se refiere al objeto que ella representa: tal es la doctrina de los padres y de la Iglesia católica." En seguida se pronunció *anatema* contra los iconoclastas. Este decreto fué suscrito por los legados y por todos los obispos. Se volvieron despues los padres á Constantinopla, y allí tuvieron la octava sesion, en presencia del emperador y de su madre, que firmaron la definicion del concilio, en medio de las aclamaciones de todos los asistentes. Así se estinguió por entonces esta atroz heregia. Pero los últimos reformadores, siguiendo las huellas de estos antiguos fanáticos, la han renovado en el siglo XVI con los mismos escesos de impiedad, de crueldad y de furor.

Adicion.—Los hereges Elipando de Toledo, y Felix de Orgel, enseñaban que el Salvador no era hijo de Dios por naturaleza, sino solamente por adopcion: dividia al Verbo hecho hombre, en dos personas, y aniquilaba la divinidad del que habia nacido de la Virgen María y habia padecido por nosotros. El concilio de Francfort, celebrado en el año 794, condenó su perniciosa doctrina, y S. Paulino, arzobispo de Aquileya, compuso una Memoria, en que refutaba esta heregia, tanto en su nombre, como en el de los obispos italianos que estaban con él en Francfort.

(AÑO 768 DE JESUCRISTO.)

BELLAS CUALIDADES Y CELO DE CARLO MAGNO, REY DE FRANCIA.

LA piedad de Carlo Magno, rey de Francia, fué un nuevo motivo de gozo para la Iglesia, á la que este príncipe no cesó de proteger, durante el largo y glorioso curso de su reinado. Subió al trono siendo aun muy jóven; mas no tenia de su juventud mas que la actividad y vigor: la prudencia arreglaba todos sus pasos, y empleó su poder en estender el reino de Jesucristo. En los primeros años de su reinado publicó, á petición de algunos obispos, una ordenanza para mantener la disciplina eclesiástica: protejió la santa sede, defendiéndola de las usurpaciones del rey de los Lombardos. Despues de largo tiempo, hacian los sajones algunas incursiones en las tierras de su dominio. Para reprimirlos, sostuvo contra ellos una larga guerra, que tuvo por resultado la conversion de estos pueblos. Este fué el fru-

to mas precioso que él se prometió de su conquista: parecia que todos sus deseos se ocupaban mas en estender la luz de la fé, que en someterlos á su poder. Estos pueblos idólatras opusieron una larga resistencia; pero al fin abrazaron la religion cristiana: por esta sumision les perdonó gustosamente sus precedentes y continuas revoluciones. Como Carlo Magno se recelaba de su inconstancia, y viendo que muchos de ellos no parecia que habian pedido el bautismo mas que por política, les mandó celosos misioneros para confirmarlos en la fé. Entre tanto Witikind, el mas acreditado de sus gefes, no se rendia, y estaba mas disgustado, que humillado por sus derrotas. Carlo Magno, que no habia logrado reducirlo por la fuerza de las armas, no perdió la esperanza de poderlo ganar por medio de unos pacíficos tratados. Le propuso una conferencia: Witikind volvió á Attigny, donde estaba entonces la corte, y allí lograron la magestad y bondad de Carlo Magno, lo que no habian conseguido sus combates. La benignidad y dulzura, desarmaron al gefe de los rebeldes, que se sometió con mucho gusto á tan grande príncipe. Aun hizo mas: durante su mansion en Francia, ecsaminó con cuidado la religion: desde que la conoció, la admiró, y al punto abrió los ojos á la gracia que ilustraba su entendimiento: detestó el paganismo, y pidió el bautismo. Lo recibió en efecto, y Carlo Magno quiso ser su padrino. Witikind, que siempre habia tenido tanta franqueza como valor, dió las mas escelentes pruebas de la sinceridad de su conversion: manifestó despues tanto celo por la propagacion de la fé, cuanta animosidad habia mostrado antes para retardar sus

progresos. Carlo Magno referia á Dios la gloria de estos sucesos, é hizo que se diesen solemnes acciones de gracias por la conversion de los sajones y de su gefe.

CARLO MAGNO RESTABLECE LOS ESTUDIOS.

CUANDO Carlo Magno ascendió al trono, la ignorancia se habia difundido en toda la Francia: no habia en ella gusto á las letras: no habia maestros ni escuelas públicas en donde se pudiesen aprender. Carlo Magno, que sabia que el estudio de las ciencias y de las artes, no contribuye menos al bien de la religion que á la gloria del estado, se aplicó á restablecerlas en su reino. Para conseguirlo, era necesario abrir escuelas y escitar la emulacion: era tambien necesario encontrar maestros capaces de enseñar, y la Francia carecia de ellos. Este príncipe atrajo á su corte los hombres mas instruidos, y los personages mas acreditados en todos los paises estrangeros: él supo fijarlos en sus estados por medio de recompensas dignas de un monarca, y de los sábios que habian dejado su patria. No creía recompensar bastantemente á unos hombres que por sus talentos podian hacer honor á la Francia y á la religion. Un sábio ingles, el célebre Alcuino, fué de quien sacó muy útiles servicios, y á quien colmó de bienes y de honores. Este hombre, á quien se consideraba como el mas bello espíritu de su tiempo, habia enseñado en su pais las ciencias sagradas